

## EN EL FONDO DEL OLVIDO

**Ernesto Anguita Roldán**

El cercanías es un lugar donde puedes encontrar gente profundamente diversa. Puedes ver abuelos que van con sus nietos al centro, hombres y mujeres que van o vienen del trabajo, jóvenes que vuelven del gimnasio, adolescentes que han ido con sus amigos al centro a ver esa película americana que acaba de reventar la taquilla, o estudiantes que van o vuelven de la universidad. Unas personas escuchan música, otros leen novelas de la temática más extraña que puedas imaginar, otros miran por la ventana, unos pocos se dedican a revisar *Twitter* y otros tantos deciden dormir aunque inexplicablemente saben cuándo despertarse para abandonar el tren.

Sin embargo, una de las cosas que más me impresionó, además de esa variedad, es la tantísima gente que pide ayuda en el cercanías. Casi siempre que voy o vuelvo de Madrid, en la ida o en la vuelta, encuentras gente que pide que le ayudes de diferentes maneras, ante la impasibilidad de la mayor parte del vagón. Algunos van con su guitarra y tocan alguna canción con voz desgarrada, otros con un arcaico pero precioso acordeón; hay otra gente que te pide que les compres algo, un

boleto para algún sorteo, un bolígrafo de algún tipo, etc. Sin embargo, hay otros que únicamente utilizan su voz para pedir ayuda, que te explican desolados su situación. Te dicen que se quedaron en paro, que tienen hijos, que necesitan pagar la hipoteca y que no les queda otra alternativa que pedir alguna moneda que esté en el fondo de tu monedero y que les ayude mínimamente a seguir adelante.

Daniela es una persona que sufre esta situación. La conocí yendo un día hacia Atocha para comprar libro, cuando subió al tren vendiendo una especie de linternas por un euro, y la invité a ir a tomar un café. Llegada a España en 2003 desde Colombia con una hija de 6 años, ha trabajado como empleada del hogar durante años en multitud de casas. Hasta 2012, cuando fue despedida de un trabajo en el que cobraba 600 euros al mes, sin estar dada de alta en la Seguridad Social. Actualmente vive en Leganés, donde sigue buscando trabajo con una energía que me desborda, intentando sacar a ella y a su hija adelante. Cuando le pregunté sobre si se plantea retornar con su hija hacia su Colombia natal, me respondió que realmente se lo había planteado muchísimas veces, sobre todo porque en su país ahora parece que se ve un atisbo de luz al final del túnel y es posible que pudiera encontrar un buen trabajo, pero que se niega a hacerlo, ya que es consciente de que para su hija sería algo muy duro porque tendría que dejar atrás una cantidad de amigos y de proyectos que serían muy costoso de superar para ella.

Su hija, que tiene ya 19 años, acaba de terminar el bachiller, pero ve muy complicado su futuro al no poder ir a la universidad por falta de recursos. Daniela me cuenta que la joven está sin embargo pensando realizar algún grado superior relacionado con la alimentación o la gastronomía, y que su sueño sería abrir un gran restaurante. Sin duda cree que tarde o temprano lo acabará consiguiendo con el empeño y el trabajo que pone, a pesar de las trabas que pone un sistema, que como ella dice, las “trata como ciudadanas de segunda”.

Sólo en Madrid capital viven más de 3 millones de personas distribuidas a lo largo y ancho de 21 distritos. Esto son sólo unos números y unos nombres que esconden una ciudad que sienta sus pilares en una desigualdad económica territorial terrible. Vallecas, Villaverde, Vicálvaro, Usera o Carabanchel han sido tradicionalmente barrios populares de Madrid. Con un crecimiento acelerado a partir de los años cincuenta hasta finales de los años ochenta, estos barrios se han expandido a merced del *boom* que algunos denominaron como el *milagro económico español*.

Barrios obreros, de trabajadores de la construcción y de los inicios de la expansión del sector servicios e industrial, emigrados de todos los puntos de España en busca de oportunidades de mejora. En la mayoría de los casos, toda esta gente pudo comprar una vivienda donde construir su familia y hogar, aunque hoy en día, con la mayoría de la población joven que tiende a salir poco a poco de estos barrios, la población original de estos ha quedado cada vez más envejecida. La desindustrialización a partir de los años ochenta, ha tenido unas consecuencias nefastas para la población. Mientras, muchas familias, rotas económicamente por la falta de oportunidades de los barrios, con gente que emigra siempre que puede y que las opciones laborales lo permiten a otras zonas de la capital o a otros municipios, intentan salir adelante hasta el final de sus días.

El caso de Carmen, una jubilada de 72 años que vive en Villaverde Alto, es desgarrador. Quedó viuda hace ya 15 años, algo que siempre le costó superar. Todavía se le tornan vidriosos los ojos cuando recuerda a Paco, su marido, un hábil trabajador de la construcción. Desde entonces subsiste prácticamente con su pensión de viudedad, porque apenas trabajó fuera de su casa en toda su vida. Tiene dos hijos varones, uno que trabaja como transportista de una empresa de vinos, y otro que trabajó también en la construcción y que desgraciadamente lleva en paro casi permanentemente desde 2010. Carmen cobra una pensión total de unos 700 euros, y dedica parte de ellos a ayudar a su hijo, que, con 45 años ha tenido que volver a la casa familiar. Esto ha

sido algo que al hijo le ha costado mucho tiempo asimilar y superar, aunque nunca se ha rendido y siempre ha movido montañas por encontrar algún tipo de trabajo. Actualmente dedican gran parte de la pensión de Carmen a pagar el alquiler y a la alimentación, y apenas pueden sobrellevar los gastos de la vivienda. Deben unos cuantos pagos a la comunidad que poco a poco intentan sufragar, pero la luz sí que es algo que dan ya por perdido. A pesar de tener contratada la potencia mínima y que no encienden en invierno ni en verano ningún tipo de calefactor o aire acondicionado, deben ya casi diez meses de recibos de luz a Endesa, y hace unas semanas que han sido avisados de que se procederá a cortarles el suministro de luz. Aunque se muestran dolidos, no lo ven como algo trágico puesto que su cocina y agua funcionan todavía con butano y que han luchado tanto a lo largo de su vida que siempre piensan que todo acabará solucionándose. No obstante, incluso se sienten culpables y avergonzados por no poder hacer frente a los pagos. No saben hasta cuando se prolongará este duro problema, pero dure lo que dure, aseguran que nunca darán su brazo a torcer en su batalla día a día por sobrevivir.

\*

Callao es uno de los centros neurálgicos de Madrid. Numerosas calles convergen en esta plaza en el que turistas y madrileños se dan cita y realizan sus compras y sus paseos por los numerosos establecimientos comerciales situados en las inmediaciones. En pleno centro de la capital, es un lugar que desborda prosperidad a la vez que muestra el desmesurado derroche de una sociedad dejada llevar por la marea del consumismo.

En estos tiempos, con las festividades navideñas a la vuelta de la esquina, estos lugares se llenan de vida. A pesar del frío, miles de personas pasan por esta zona todos los días. El metro está rebosante de personas que se acumulan, de numerosas bolsas de absolutamente todas las cadenas de ropa que emplazan sus comercios en las cercanías de este

lugar. Además, Callao y su vecina Gran Vía transmiten con sus millares de luces coloreadas un gran optimismo, recordándonos unas fiestas en las que la mayoría de nosotros volveremos a ver a todos nuestros familiares y amigos en estas frías noches de finales de diciembre.

Pero entre este tumulto que durante estas vísperas de Navidades abarrota las calles del centro, siempre hay un grupo de gente del que pasamos al lado sin ninguna atención por nuestra parte, los mendigos. Quizá sean el grupo más representativo históricamente de los olvidados del sistema, a la vez que el más invisible cuando pasamos ignorándolos a su lado.

Allí me encuentro con Francisco, un hombre que lleva cinco años viviendo en la calle. Tiene cincuenta años, es soltero y se define como un inadaptado. Fue trabajador en una fábrica de bebidas carbonatadas de una famosa marca que decidió cerrar hace ocho años para trasladar su producción al este de Europa. A partir de quedarse desempleado, fue recibiendo las ayudas del paro, que poco a poco se le fueron acabando. Francisco cayó entonces en una depresión severa, que dice no haber conseguido superar del todo nunca. Sin ningún familiar cercano con el que tenga relación, tomó la decisión de irse a vivir a la calle. Hoy en día muestra un aspecto desaliñado, y ha perdido cualquier esperanza de conseguir retomar la vida que dejó cuando cerró la fábrica. Me comenta que se dedica durante toda la mañana y toda la tarde a pedir dinero en la plaza de Callao cuando encuentra sitio, que es ayudado por una iglesia cercana que le da un bocadillo todos los días, y que más o menos consigue ahorrar para ir una vez cada dos semanas a un hostel cercano y pasar allí una noche y asearse. Le pregunto si alguna vez ha creído en la política. Me dice que no, que no hay nadie que vaya a cambiar el sistema, que todo seguirá igual, para siempre. Ante mi pregunta de qué piensa hacer en navidades, me dice que intentar no morir de frío.

En todos los centros de las ciudades de España, en las zonas comerciales o de paseo, hay un fenómeno que me parece muy curioso, los *manteros*; vendedores ambulantes que recuerdo que cuando era

pequeño vendían películas o discos piratas, y que hoy en día podemos ver en casi todos los lugares turísticos de nuestro país vendiendo prendas de ropa, zapatillas, o bolsos, imitaciones de las marcas originales.

Frente a la mítica estación de Atocha madrileña, Sayid (nombre falso) es uno de esos manteros que vemos siempre en los medios huyendo de la policía. Me detengo con él y le pido permiso para conocer su historia, a lo que accede desconfiado. Nacido en Mali hace ya 31 años, partió en 2005, consumiendo todos los recursos económicos que su familia había conseguido ahorrar, con el objetivo de llegar a España. Se puso en manos de mafias que le exigieron unos precios desorbitados, consiguió atravesar Marruecos en condiciones durísimas, y finalmente llegó a las costas españolas en 2006 en patera, y aún con todo lo que pasó se atreve a considerarse un afortunado, porque consiguió su objetivo a pesar del brutal sufrimiento. Desde entonces fue trasladado a numerosos centros de acogida, que intentaron tramitar una deportación pero no lo consiguieron, y fue puesto en libertad, a pesar de no tener aún la residencia regulada.

Sayid nos cuenta como comenzó su andadura en España trabajando en la construcción: “Estaba feliz, a las pocas semanas me contrataron como peón de obra durante dos años. Me pagaban muy poco en comparación con los españoles, pero por lo menos me daba para enviar un poco de dinero a mi familia allá en Mali, y poco a poco iba mejorando mi español. Tenía esperanzas entonces de que iba a seguir mejorando y ayudando a mi familia”, recuerda mientras se le insinúa una agrídulce sonrisa en la cara. Sin embargo, esa sonrisa se vuelve una desoladora pena cuando comenta su situación desde que perdió el trabajo como consecuencia de la crisis inmobiliaria: “Apenas había conseguido ahorrar dinero, ya que todo lo enviaba a mi país. Tuve que dejar el piso en el que vivía con unos cuantos compañeros senegaleses. De repente, me encontré durmiendo en el pabellón de un instituto donde me dejaban quedarme”.

Sayid me cuenta cómo evolucionó su vida a partir de entonces. Unos compañeros le comentaron la posibilidad de hacerse mantero en Madrid, y accedió. Cada dos días aproximadamente, desde hace siete años, va a Fuenlabrada donde compra gafas de sol y bolsos de imitación para venderlos donde puede en el centro de Madrid. Se siente agobiado por la policía, y está alerta en todo momento. Hasta hace unos años, según dice, en Madrid se podía vender con mayor o menor libertad, pero poco a poco, la presión policial se ha vuelto algo cotidiano que ahoga las capacidades de supervivencia de estas personas. Desalojado de Sol, Gran Vía, Callao y calles aledañas, hoy sólo le queda la opción de intentar vender enfrente de la estación de Atocha. Alguna vez la policía lo ha cogido y lo ha desposeído de todos sus productos y retenido durante horas. Por otro lado, está muy preocupado por la salud de su madre, que está enferma, pero hoy en día no puede hacer nada. No puede volver a un país donde se le niega cualquier oportunidad de supervivencia, aunque le encantaría hacerlo algún día: “Sé que por lo menos en España mi situación no va a mejorar en los próximos años, pero también sé que no va a empeorar. En Mali, en cambio, sí puede empeorar”.

\*

Fuenlabrada no superaba en 1970 los 8.000 habitantes. Actualmente alcanza los 195.000. El crecimiento de esta urbe se precipitó en las décadas de los 70 y de los 80, con la construcción de grandes urbanizaciones de altos bloques de pisos, que hoy en día dan cobijo a miles de familias que en muchos casos hacen su trabajo en Madrid pero que viven en Fuenlabrada, donde los alquileres y el suelo son más baratos.

A pesar de los grandes proyectos de remodelación y modernización de la ciudad, entre los que podemos nombrar la construcción de costosas infraestructuras a tenor del crecimiento del área metropolitana de la capital madrileña, con la llegada del cercanías en 1989, la construcción de las circunvalaciones exteriores de Madrid,

la M-45 y la M-50, la llegada del metro a la ciudad a principios del siglo XXI, la ampliación de las zonas verdes de la ciudad o la apertura del campus universitario de la Universidad Rey Juan Carlos, hoy en día Fuenlabrada es un municipio que esconde grandes desigualdades en algunos de sus barrios. De hecho, hoy en día, Fuenlabrada es la ciudad de la Comunidad de Madrid con la menor renta *per cápita*, que apenas supera los 27.000 euros al año.

Durante años, esa ciudad ha crecido a costa de ser ciudad dormitorio de Madrid, así como de una potente industria que se desarrolló a partir de los años 70, que de nuevo entró en declive a partir de los años noventa y que se ha intensificado en el nuevo milenio. El Barrio del Naranjo es sin duda una de las zonas más degradadas de la ciudad. En un bar ambientado en los setenta con los típicos azulejos color ocre, unas sillas antiguas de madera y una barra desgastada por el uso, situado en las inmediaciones del Parque de la Paz me reúno con Manuel y su mujer Ángeles, de 39 y 41 años respectivamente, casados desde hace ya 13 años.

Me cuentan cariñosos cómo se conocieron hace 16 años a través de unos amigos un día de fiesta en la noche madrileña. Aunque ambos vivían en Fuenlabrada, con los padres de él llegados de un pueblo palentino en los años setenta, y los padres de ella llegados en los ochenta procedentes de Ciudad Real, nunca se habían conocido ahí. Se nota que se siguen queriendo, que pese a las adversidades siguen muy unidos y seguirán luchando juntos. Manuel, entonces trabajaba de repartidor de una empresa de mensajería, y ella de cajera en un supermercado tradicional. Disfrutaron de una vida económicamente estable viviendo de alquiler, ya que nunca decidieron dar el paso a comprar una vivienda juntos, aunque sí decidieron dar a luz a dos hijos, Luis, de 11 años, y Marta, de 8.

Todo, sin embargo, se fue al traste a partir del año 2011 según me comentan. La empresa en la que trabajaba Manuel cerró repentinamente de un día para otro, sin dar explicaciones, mientras que Ángeles ha



seguido trabajando insistentemente desde entonces en el supermercado, a pesar de las numerosas bajadas de sueldo que ha sufrido. Pasaron de ingresar más de 2.500 euros al mes con el sueldo de los dos, a menos de 1.400 con el sueldo de ella y el subsidio de él desde 2011. Ángeles me explica que tuvieron que abandonar su anterior piso, situado en una zona más moderna de Fuenlabrada y que llegaron a este barrio con sus dos hijos descorazonados por todo lo que tuvieron que dejar atrás. Manuel, sin embargo, lleva desde septiembre de 2015 trabajando por horas en el sector hostelero, algo que sin embargo apenas le permite ingresar más de lo que ingresaba con el subsidio por desempleo, que poco a poco se estaba consumiendo.

Hoy en día me cuentan que están un poco más aliviados. A pesar de los numerosos gastos que tienen que soportar, el alquiler, la alimentación, la manutención de los hijos, los libros escolares, la luz y la calefacción, poco a poco consiguen salir adelante. Ante mi pregunta sobre si algún día volverán a hacer un viaje de vacaciones se echan a reír, “eso era en otros tiempos”, me dicen, “ahora nos conformamos solamente con dar a nuestros hijos un futuro que ojalá sea menos negro que el nuestro”.

*Cuando me planteé hacer este trabajo no estaba muy seguro de qué hacerlo, si de alguna guerra actual, si de la pobreza en África, si de la explotación en Asia, o de la situación de la mujer o del colectivo LGTBI en el mundo actual. Cuando estuve pensando en eso, me pregunté cuál era profundamente la situación de los Derechos Humanos en nuestro propio país, y me di cuenta de que no tenemos que irnos a miles de kilómetros al sur o al este para encontrar situaciones de absoluta crueldad. En nuestro país hay miles de personas absolutamente fuera del sistema de producción de riqueza, que no se benefician en nada de nuestra economía y cuyo único objetivo es la supervivencia, en muchos casos mediante métodos sumamente duros. En nuestro país se incumplen los Derechos Humanos insistentemente.*

*Todas son recreaciones, personajes ficticios, que sin embargo perfectamente se podrían corresponder con situaciones reales de nuestro país. Los inmigrantes en situación irregular, la pobreza energética, los trabajadores pobres, la mendicidad, la explotación laboral o la desigualdad en las oportunidades, son características intrínsecas de un sistema que construye sus pilares bajo los cimientos de la desigualdad. Sin embargo, lo peor de todo es que esa desigualdad, que se está acrecentando en todo el mundo y que posiblemente encuentre en los afectados la única respuesta de personajes como Donald Trump o los eurófobos en la Europa central, es algo que va totalmente de la mano del sistema. En un sistema económico como el que poseemos, siempre, por muy próspera que sea nuestra economía habrá gente expulsada del sistema, por unos motivos u otros, y porque además la tendencia es que siga creciendo. El sistema, además se ha autoblindado, impidiendo alternativas que pongan el foco en esa desigualdad y que propongan cambiar el sistema por completo, pero ¿será suficiente?*

*El PIB per cápita anual mundial es de 10.000 dólares. Datos como estos nos permiten deducir que en el mundo hay recursos para absolutamente todos habitantes de la Tierra. Sin embargo, seguimos viendo a gente que huye de la guerra, que sufre una explotación laboral agonizante, millones de personas sumidas en la pobreza más absoluta, y eso es algo que siempre ha sido así, y que seguirá si no cambia el rumbo de la política a nivel mundial. Se hace por tanto necesario el planteamiento de que si el orden económico mundial basado en la economía capitalista no funciona, deberá de buscarse otra alternativa, en un nuevo movimiento que ponga el foco del problema en el modelo económico y que nazca de los países desarrollados para extenderse a nivel mundial.*

*La abolición de la desigualdad, o por lo menos de lo extremo de sus implicaciones siempre nos lo han situado como algo utópico. Me niego. El reparto de la riqueza y la abolición de la pobreza es una decisión política, y muchos seguiremos combatiendo este problema y*

Ernesto Anguita Roldán

*construyendo alternativas al sistema. La solidaridad será la bandera que acabará enarbolando la sociedad y que construirá un verdadero sistema basado en la libertad, la igualdad, y la fraternidad.*